

LA ESTAFETA

Si al abuelo Braulio no se le hubiera ocurrido arrendar la casa, lo más seguro conservaría el nombre primitivo, “Maisón Voltaire”, pero desde que en los bajos se instalaron las dependencias de Correos por un tiempo, pasó a llamarse “La Estafeta”.

Lo cierto era que resultaba chocante que un viejo solitario y cascarrabias cómo decían que era el abuelo, se hubiese dejado enredar así. Habían establecido un acuerdo con el Ayuntamiento para utilizar los bajos de la casa como oficinas, quizá para acallar los rumores que corrían sobre la casa, porque le debiera algún favor al alcalde o porque no fuese tan malo cómo me habían contado.

A mis padres no les pude sacar prenda de lo sucedido. Era oír hablar del abuelo y ponerse en guardia, cómo si esperaran que sobreviniese una desgracia. Ahora ya era demasiado tarde para preguntarles a ellos, puesto que también habían fallecido.

Precisamente por eso, y al intentar hacerme cargo de los bienes recién heredados, había vuelto a recordar los quebrantos que me causó la casa de crío. Nunca habíamos ido de visita y la imaginaba grande y tenebrosa, muy oscura y con un ama de llaves de aspecto agrio, vestida de negro. Un día encontré una foto en un cajón de la cómoda y supuse que sería La Estafeta. Le fui añadiendo detalles igual que ocurría en mis libros de miedo.

Del abuelo sabía que había sido muy temperamental y, cabezota como él sólo. También me habían dicho que yo me le parecía. Pero yo creía que eso, lo decían cuando de verdad estaban cabreados conmigo, cómo si aquello pudiera fastidiarme. ¿Cómo iba a sentirme molesto si no tenía ni idea de cómo había sido el abuelo? Quizá ahora sería una ofensa, pero entonces, no sabía nada de todos los misterios que me habían ocultado.

Al no quedar más parientes vivos, la Estafeta pasó a ser de mi propiedad. El abogado me entregó un juego de llaves, me dijo donde estaba y me deseó suerte.

Basta para que a uno le digan que no puede tocar algo, para que le apetezca el doble hacerlo. Para mí, la Estafeta significaba “lo prohibido” y, por eso mismo, sentí una curiosidad tremenda por saber que me había perdido hasta entonces.

Mis obligaciones en París me dejaban algo de tiempo libre. Las clases en la Facultad me resultaban tediosas. Mis alumnos no parecían muy interesados en que les hablara del arte grecorromano o del modernismo. Y mi único entretenimiento provenía de mi biblioteca particular. No podía decirse que fuese

un erudito en ningún tema, pero me rodeaba de los más variados géneros para cultivar mi mente. Disponía de tratados de astronomía, física, medicina, leyes, y, por supuesto, libros de arte de las más recónditas zonas del planeta. Pensé que parte de la botánica podría admirarla sobre el terreno, que la vida en el campo me ayudaría mucho a mejorar la salud. Podría caminar para bajar peso, disminuiría mi tensión y lograría adquirir una forma física aceptable.

Parecían los buenos propósitos del comienzo de año. Para mí, era cómo empezar una nueva etapa de mi vida. Disponía de una considerable suma de dinero, la suficiente para no sufrir estrecheces ni tener que preocuparme.

Que mi abuelo tuviese dinero no me habría extrañado, pero que mis padres no lo hubiesen tocado, parecía de tontos. Sin embargo, así había sido. ¿Acaso lo había dispuesto así el abuelo? ¿Habría querido garantizar mi permanencia en la casa?

Me dije que no debía ser impaciente, que ya resolvería cada cosa a su tiempo.

Se aproximaban las vacaciones de Navidad. De camino a la Facultad, paré en una agencia de viajes para organizar el recorrido. Tendría que hacer alguna noche antes de llegar. La encargada fue muy amable conmigo. Cuando le dije al lugar al que me dirigía, calculó la distancia en kilómetros, las áreas de servicio e incluso, me enseñó una imagen tomada con satélite de la zona. Al ampliarla, descubrí que la zona estaba rodeada de casas señoriales con estructuras similares. Aquello no hizo sino aumentar mi deseo por conocerla cuanto antes.

Llegué la última semana de mis vacaciones. La casa me pareció distinta a cómo la había imaginado. Me quedé un buen rato mirándola y se me antojó que tenía un diseño cómo de hospital para locos. Las ventanas altas estaban protegidas por verjas de hierro. Se notaba el toque personal que le habían impartido a lo largo de los años. Habían añadido tejados suplementarios, escaleras, columnas recargadas de florituras. Todas esas mezclas le daban un aspecto peculiar.

Y no supe determinar si era de mi agrado, ya que a la vez, sentía algo de rechazo, cómo si las conversaciones veladas de mis padres intentasen advertirme de algún peligro que no alcanzaba a palpar en el ambiente.

Había que reconocer que el enclave no podía ser más privilegiado. Muy próxima al balneario de aguas termales sulfurosas, era zona de tránsito de visitantes que acudían a recibir sus tratamientos contra los huesos y dolores musculares. Quizá ello fue la razón de haber desviado el trayecto del tren por esa zona.

Traté de imaginar la casa en aquella época próspera y no me extrañó mucho que quien más, quien menos, hubiese querido sacar algo de beneficio. ¿Por qué no podía alquilar el abuelo los bajos? Le bastaba y sobraba con un piso de la casa y, encima, ni siquiera daba a la puerta principal.

Probé las llaves en la cerradura hasta que acerté con la que abría la entrada. La puerta chirrió por falta de aceite y dio paso a unos techos altísimos, unas escaleras de caracol y un holl demasiado grande. Conservaba muebles antiguos, había cuadros colgados en las paredes y parecía que quien lo había habitado, gozaba de un gusto exquisito al elegir la decoración.

La parte más nueva de la casa debía ser sin duda la última porción habitada. Se notaba el paso del tiempo, la humedad en las paredes, la pintura desconchada, pero sobre todo, que se había quedado anclada en el pasado. Al primer vistazo, valoré que hacía falta instalar agua corriente, luz eléctrica, bajar los techos, aislar las ventanas, cambiar puertas, hacer baños individuales en las habitaciones.

Pensé que debía esperar todavía a que todo estuviera en mejores condiciones para pasar alguna noche allí. Tal y cómo la encontré, no me pareció habitable.

Volví a montarme en mi Chevrolet azul y me fui al pueblo más cercano con la intención de cenar y pasar la noche. Encontré una pensión modesta. Al principio, acostumbrados a los forasteros, me dispensaron un trato muy cordial. Pero en cuanto dije que necesitaba operarios de todos los gremios para arreglar la Estafeta, pasaron de la antipatía al miedo, rehuyéndome incluso. Sólo un joven con acento mexicano se atrevió a decirme:

- Verá, señor, hablo de oídas. Dicen que la casa está embrujada y no conviene despertar a los espíritus a golpe de martillo.
- ¿Y tú crees en esas patrañas?
- ¡Ay, señor, no sé que le diga! En mi tierra, cosas más raras se han visto.

Pensé que habría ido a parar al lugar equivocado, que a lo mejor el abuelo había tenido algún altercado con esa gente. Un lío de faldas o cualquier malentendido.

Sin preocuparme más, por la mañana pagué la cuenta y regresé a Paris conduciendo despacio.

La avenida de los Campos Eliseos no era comparable al jardín de la casa y al laurel que había sobrevivido a la sequía. El contraste resultaba cuanto menos, abrumador.

Reinicié las clases sin haber encontrado personal para acometer las obras. Mis compañeros de Departamento me hablaron de Refor-casa, una empresa sería, con distribución en gran parte de la geografía.

Les conté lo espectacular de los alrededores y naturalmente, que tal como estaba, no parecía habitable. Simoneta había sido la que más había insistido en unas vacaciones alejada del mundanal ruido.

— ¿Así que habrá que esperar por lo menos hasta el verano?—me dijo.

— Salvo que quieras dormir sin luz eléctrica, sin agua y con las paredes llenas de humedad.

En cuanto tuve un rato libre, llamé al teléfono que venía en la tarjeta. Estaba un poco nervioso por si al decirles el nombre de la casa, hacían lo mismo que la gente del pueblo. El encargado anotó “La Estafeta” y la dirección, sin que yo notara un titubeo en la voz ni una pequeña excusa de estar saturados de trabajo. Les expliqué que Paris estaba a bastante distancia de la casa y que no estaba dispuesto a trasladarme para cualquier cosa sino que les delegaba las decisiones con absoluta confianza. Respiré aliviado en cuanto me dijo que preparaba un presupuesto y en un par de semanas, si yo estaba de acuerdo, enviaría gente a trabajar.

Volví a entrar al aula, con mis alumnos aburridos. Por lo general, no preguntaban nada. Yo les soltaba el rollo y me largaba sin más. Pero justo antes de las vacaciones no supe como se habían enterado de lo de la Estafeta. Ni siquiera en las grandes ciudades uno podía salvaguardar su intimidad. O bien les preocupaba que yo me largara y me sustituyera Simoneta – era tan hueso que no aprobaba ni a tiros- o se les había despertado la curiosidad.

— Oiga, profesor, y esa casa ¿de qué época es exactamente?

Tuve que reconocer que no lo sabía.

— Ha sufrido varias reformas y ahora resultar difícil precisar un estilo determinado.

Y aún no sé cómo se me ocurrió.

— Si está interesado, puede ampliar información y hacer un trabajo sobre las mansiones de esa zona o de cualquier otra. ¿Qué les parece si lo tengo en cuenta en la próxima evaluación? Si trabajan en grupo, que no sea de más de tres personas.

No pensé que pudieran encontrar gran cosa sobre los orígenes de la Maison Voltaire. Los archivos quizá no se remontaran tan atrás y de haber algo, lo más seguro no sería muy interesante.

Unas semanas después, recogí los trabajos. Al primer vistazo, vi como habían elegido diferentes enclaves y habían tratado de documentarlos. Uno de los alumnos que había trabajado en la Estafeta, Jacques, me dijo:

— ¿Sabe porqué elegimos esa casa? Tiene historia, no cómo otras.

Me habían hecho un árbol genealógico remontándose a mis antepasados. Y tuve que darle la razón a Jacques. A algunos miembros de mi familia se les atribuía pactos con el diablo, relación con las prácticas de las brujas de Salem. Incluso hablaban de lo que a mí me había parecido manicomio, el ala de la mansión que sirvió de hospital hasta la época de la peste. ¿Así que mi intuición no me había fallado, después de todo?

Pude ver el aspecto original en una foto en blanco y negro que habían sacado de algún archivo. También las partes que fueron añadiendo después. Incluso había una, en la que estaba el rótulo de correos clavado en la fachada.

Las fotos de mis antepasados que habían habitado la casa iban acompañadas de leyendas como: “acusado de brujería”, “tiene pactos con el diablo”, “es capaz de hacer enloquecer al más cuerdo con su mal de ojo”.

¡Vaya una familia rara había tenido! Pensé que en la época de la Inquisición los habrían llevado a la hoguera por cualquier cosa. Todo era desmedido y el miedo era demasiado poderoso como para desatar la lengua de cualquiera. Un libro que hablase del más allá o de aspectos que escapasen al raciocinio humano, eran tachados de peligrosos, y a quien los leyera, de brujos.

Después de haber leído todo el material debería haber extremado mi prudencia por varias razones.

Primero, no debí pensar que no era tan mal profesor, cuando al parecer, mis clases les llegaban a mis alumnos.

Segundo, que incluso me tenían aprecio. Jacques sobre todo, no cómo si estuviera haciéndome la pelota sino aparentemente de verdad. Arrastraba la asignatura de Simoneta del curso anterior.

Y tercero y más importante, que algo ocurría con la casa, y más con quienes la habitaban.

Pero a mí, el enclave me había emocionado. Habría dicho que era cómo si la casa deseara acogirme entre sus muros.

Aún no había acabado la evaluación cuando anuncié en el Departamento que debía ausentarme un par de días, los justos para ver que era eso tan grave que ocurría en la Esfafeta para reclamarme con urgencia.

— ¿Y va a ir seguro, profesor? ¿Después de todo lo que sabe? —me amonestó Jacques.

No quedaba más remedio que tranquilizar a los obreros. En cuanto llegué, tuve que admitir que estaban haciendo un buen trabajo. Pero enseguida me anunciaron que tras revisar la instalación eléctrica un

montón de veces, se encendía apenas unos segundos y se desconectaba misteriosamente. Respecto al agua corriente, decían que sonaban los desagües de una forma extraña. Que hacían hoy un tabique y mañana lo encontraban derrumbado. Y que por más capas de pintura que le daban a la pared, no había forma de que desapareciera esa especie de mancha rojiza.

Se quejaban de que en esas condiciones no podían trabajar, que era cómo si la casa quisiera echarlos. Se habían producido accidentes sin importancia, pero tenían que ponerlo en mi conocimiento.

Olía a pintura pero se percibía un tufo desagradable, cómo si al remover la tierra hubieran alcanzado el pozo ciego de aguas sulfurosas y hubiera emponzoñado el ambiente con olor a huevos podridos.

Habría tenido que asociar todo eso con los sucesos que impulsaron a huir a los trabajadores de correos, pero no lo hice.

Era muy tarde cuando acabé de escucharles. Los invité a irse a descansar y por la mañana ya se nos ocurriría que hacer.

Saqué del coche mi equipaje, me preparé una cena fría y me fui a dormir enseguida.

Me desperté a medianoche, sobresaltado por los ruidos. De no haber arreglado la casa, habría razonado enseguida que correteaban ratas por el pasillo, pero además, las ratas no podían hacer tanto ruido. En alguna parte de la casa se oían como chillidos, que continuaron toda la noche.

No sé porqué me vino a la cabeza lo del manicomio. Resultaba absurdo que hubiese quedado algún espíritu suelto por la casa.

Al despertarme, me noté muy cansado y eso que el silencio era abrumador. No había cláxones, ni ruidos de ascensores, ni chavales gritando “Le monde” con las noticias recientes. Estaba apurando el café cuando los obreros llegaron decididos a demostrarme que nada funcionaba. Sin embargo, la luz se encendió a la perfección y el agua se arrastraba tuberías abajo con la misma soltura que en mi apartamento de París.

— Verá, monsieur, esto no es lo que venía ocurriendo estos días. Tiene que creernos.

Sus rostros reflejaban cierto temor, como si pensarán que les iba a tachar de incompetentes. No añadí nada. Mientras ellos se pusieron a trabajar, yo hice lo mismo.

Había luz eléctrica pero el teléfono lo habían dejado para el final. Faltaba hacer la instalación completa. Les pregunté si en la Biblioteca del pueblo me dejarían conectarme a Internet para enviar las evaluaciones al Departamento.

Saqué el correo a papel y mandé los resultados, así que ya no me urgía regresar de prisa. Pedí un día más libre.

Regresé pronto, aparqué el coche y salí a pasear. Los caminos que rodeaban las mansiones se unían con el principal que ascendía al balneario. Las cascadas de agua eran fabulosas y me pasé un buen rato viendo las nubes de espuma blanca hasta que sentí húmeda la ropa. Después, debí extraviarme y me topé con lo que debía ser el cementerio familiar. Tenía el pie encima de una tumba y escuché una respiración entrecortada muy cerca de mi oreja. Apenas duró unos segundos pero tuve la seguridad de que algo sobrenatural había ocurrido.

Me precipité camino abajo justo cuando los obreros estaban a punto de irse. La luz no había dado más sorpresas.

—¿Estará usted el lunes? — me preguntaron. A nosotros tal vez nos asignen otro tajo.

— No creo. Quedan dos semanas de clase antes de las vacaciones y he de irme. Pero si me necesitan, me llaman.

¿Y si los necesitaba yo? — pensé de repente.

Por la noche no me apetecía inspeccionar la casa. El sueño me tentó más pronto de lo habitual, quizá porque arrastraba cansancio de las horas de insomnio de la noche pasada o que al estar poco habituado a caminar, había acusado el paseo más de lo normal.

No tardé mucho en soñar. Me revolví agitado en la cama ante la presencia de fantasmas y gritos que más allá de mi imaginación, parecían provenir de alguien que estuviera sufriendo mucho. En algún momento de la noche me pareció haber vuelto hasta el cementerio familiar y haber notado de nuevo la respiración agitada junto a mi oreja, claro que eso era lo que más me había traumatizado desde que llegara a la Estafeta.

Pero en cuanto me desperté me sentí con aire renovado. Me vestí, desayuné y di una vuelta por la parte recién reformada. Lo primero que me sorprendió fue un pequeño derrumbe que dejaba al descubierto un esqueleto anclado a la pared con grilletes. ¿Lo habrían visto los obreros? Seguro que no, de lo contrario se habrían largado hasta sin recoger la herramienta.

¿Quién lo habría puesto allí? Y que se suponía que debía hacer, ¿llamar a la policía y enseñarle aquello?

Yo no lo había matado, de eso estaba seguro. Y menos, le habría agujerado la cabeza. Todo aquello me estaba poniendo nervioso.

No sé por qué se me ocurrió encaminar mis pasos hasta las oficinas. Al abrir la puerta me llegó una corriente de aire que me golpeó la cara. La cantidad de polvo acumulada me hizo estornudar y me acordé de lo que me había dicho el médico: “Tenga cuidado con la alergia y no olvide los antihistamínicos”.

Así que me cubrí nariz y boca con un pañuelo y entré a mirar. Pensaba irme al día siguiente y no había visto ni un diez por ciento de la casa. Los mostradores conservaban aún los carteles de envíos, telegramas, paquetes. Había pizarrines, tinta de sellar, algún periódico muy viejo. Las mesas y sillas tenían la madera estropeada.

Me sorprendió un bulto colocado en una esquina. ¿Sería una saca llena de cartas sin entregar? Estaba anudada con una soga. Dentro había sobres y toqué algo más duro. Le di la vuelta y rodaron algunos cráneos agujerados.

Salí medio mareado por el susto. Y pensé qué relación tenían ambos esqueletos si la había o era la razón por la que correos dejaron de estar en la Estafeta.

De haber estado instalado el teléfono me habría podido conectar a Internet para averiguar algo más. Miré la hora y calculé que si me daba prisa, podía llegar a la Biblioteca para buscar periódicos de la época que cerró correos.

Encontré una breve noticia en la que decían que había desaparecido un vecino del pueblo. Revisé varios periódicos más hasta que hablaban de que no apareció el cadáver y lo dieron por desaparecido, como si lo hubieran comido los animales. El abuelo Braulio fue uno de los sospechosos del caso pero por falta de pruebas lo declararon inocente. Sin embargo, en las cartas de opinión había un escrito breve en el que se le acusaba de pactar con el diablo e intentar robar la fuerza de los muertos agujerando la cabeza. Iba sin firma pero coincidía más o menos con las fechas en las que aún hacía vida pública o al menos, una parte de la casa estaba alquilada a forasteros.

Al llegar a casa revisé el trabajo de Jacques y sus compañeros por si me aportaba alguna pista. Salvo lo que ya sabía, el halo de misterio y brujería que acosó a los antepasados, no vi ningún dato llamativo.

Aún era bastante pronto. Pensé si habría libros en la casa y movido por el interés de encontrar alguno interesante, fui abriendo y cerrando puertas. Ya iba a darme por vencido cuando encontré la

Biblioteca. Por fuera tenía una puerta pequeña, más propia de una despensa o armario que de la sala que apareció ante mis ojos. Allí no había llegado el electricista así que tuve que buscar una lámpara de petróleo para alumbrarme. Habría más de un centenar de libros. Me costó hacerme una idea de cómo estaban ordenadas las materias. Y me pico la curiosidad por empezar por los que estaban en la mesa. Probablemente habrían sido los últimos que habría revisado el abuelo. Se trataba de un manual de prácticas de brujería en el norte de Europa. Era un ejemplar de más de quinientas hojas, con un índice plagado de connotaciones molaristas. Miré el lomo y estaba mucho más gastado por la mitad, cómo si esas páginas hubieran sido las más consultadas. Probé a abrirlo según su inercia y me encontré con un capítulo subrayado con acotaciones en los márgenes. No supe si el abuelo Braulio había sido un estudioso en la materia o se empleó a fondo en llevar a la práctica lo que allí estaba escrito.

Hablaba de la locura como un contacto sobrenatural con el maligno. La espuma que echaban por la boca los poseídos la explicaba como una rebelión del espíritu a alcanzar otra dimensión. Se me erizó el cuero cabelludo al imaginar de lo que habría sido capaz el abuelo si había sido tan ambicioso como me habían dicho.

Una parte de mí me decía que debía de irme de allí cuanto antes. Pero otra me animaba a seguir mirando. Tenía el presentimiento de no estar solo, cómo si una fuerza sobrehumana me arrastrara hacia más allá de las paredes.

Cuando salí de la biblioteca era noche cerrada. Si no hubiese estado tan asustado, habría jurado que se acababa de esfumar una sombra en el pasillo.

Me encerré en la habitación con el propósito de marcharme de allí en cuanto despuntase el día. Me dormí con un sueño agitado. De nuevo me despertaron ruidos, chillidos en algún lugar de la casa.

Noté una respiración cerca de mi oído y, de haber sacado las manos de debajo de las sábanas, aposté que habría podido tocar una masa corporal que me invitaba a seguirlo hasta el centro de un círculo y me ordenaba matar a un hombre.

Aún no sé si fue la impresión que eso me causó, la que me hizo volver a la realidad o fue al revés, las pedradas en los cristales las que me sacaron del ensoñamiento.

Percibí un olor a quemado que acabó de alarmarme. No pude abrir la puerta y golpeé con toda mi fuerza los cristales de la ventana.

Iba a morir abrasado o desnucado al lanzarme al vacío.

Entonces escuché a Jacques:

— Profesor, profesor, dése prisa. Baje por la escalera sin mirar abajo.

¿Era mi alumno o la brujería de la casa trataba de confundirme?

— ¿Qué haces aquí? — le pregunté.

La Estafeta ardía por los cuatro costados, desprendiendo una luz violacea que se alargaba como si fuese la sombra de una persona.

— Verá, profesor, es muy largo de explicar. Supe que corría peligro y no tenía cómo avisarle.

— Entonces, ¿no has sido tú quien ha provocado el incendio? —acerté a preguntarle.

— No señor. Ha sido usted el que lo ha desencadenado todo al revelarse contra el maligno.

No habría creído ni una sola palabra de no haber visto como la luz violacea se replegaba sobre sí misma, apuntaba hacia el cementerio familiar y se precipitaba sobre la tierra en forma de centella para desaparecer bajo el suelo.

Nos quedamos mirando hacia aquel punto sin decir palabra y, cuando al fin decidimos investigar que había ocurrido allá arriba, la tierra parecía removida recientemente.

La casa dejó de gritar cuando se redujo a cenizas.

Pensé que al poner distancia por medio entre la estafeta y mi apartamento de Paris, sería suficiente para olvidar. Sin embargo, algo en mi cabeza me había perturbado para siempre.

Acudí a una inmobiliaria para deshacerme del solar. La excavadora que entró a derribar los muros, dio una vuelta de campana y por poco acaba con la vida del conductor.

Desde entonces, nadie ha vuelto a tocar una sola piedra.

Solo queda un laurel en una esquina del solar, rodeado de maleza. Quizá dentro esconda magia y aguante aún otros cien años de sequía hasta despertarse de nuevo. No me extrañaría que se alimentase de las tumbas de la colina.

¿Debería disponer las cosas para que Jacques heredara el solar cuando yo muera? Parece tirar de él.

Pseudonimo: KRAF